

en: Laucha (B)



El liberal
Madrid

GLOSANDO LA HISTORIA

6-IX
1918

¡VIVA LA LIBERTAD!

De nuestro querido colega El LIBERAL, de Bilbao, reproducimos el siguiente hermoso artículo del maestro Unamuno:

D. Fernando Fernández de Córdova, marqués de Mendigorria, era de ideas moderadas, muy conservadoras; más bien diríamos que reaccionarias. Lo confiesa más de una vez él mismo en aquellas tan interesantes «Mis memorias íntimas», texto inapreciable para el mejor conocimiento del reinado de Fernando VII y de su hija Isabel II. Es más; aunque hizo la guerra a los carlistas y en el ejército cristino lo liberal al lado de su hermano don Luis Fernández de Córdova, nos dice que él, a no ser por esta devoción fraternal y razones de familia, habría sido carlista. Y es curioso que este hombre acabase siendo ministro con Amadeo y luego con el primer Ministerio de la República española de 1873, después de haberlo sido de doña Isabel III. No así su hermano, en cambio, de quien nos dice que por un arranque de lealtad de soldado quedó en Cádiz, a raíz de la sublevación de D. Rafael de Riego, en Cabezas de San Juan, ligado a la causa que por antonomasia se llamó realista, o más bien absolutista, y frente a los constitucionales.

Nos cuenta D. Fernando que los constitucionales o liberales, los de los tres «mal llamados» años—de 1820 a 1823—, le hicieron ofertas a su hermano D. Luis, y añade: «A D. Juan Mac-Crohon, que se acercó con tal objeto, hubo de contestarle: «Es tarde; el cañón ha hablado ya, y me he comprometido y ligado para el resto de mis días». A un oficial de la Isla que intentó pasarse al partido del rey, lo disuadió, diciéndole: «No lo haga usted, y téngase por feliz de morir por una causa tan bella y noble, que, a pesar mío, estoy obligado a combatir». Iguales o parecidos razonamientos opuso a las excitaciones de Arco Agüero, Alcalá Galiano y otros.»

A tan absurda servidumbre íntima conducía el desatinado concepto de la lealtad que imprime la disciplina militar.

El marqués de Mendigorria, por su parte, sintiéndose más bien carlista, peleó contra los carlistas, y acabó, como decimos, en radical y republicano, con la República.

Al contarnos el marqués la acción, o si se quiere, batalla de Urbosa, o de la sierra de Andía, en que Zumalacárregui derrotó a las tropas del general Valdés—y esta derrota nos la encubre muy mal D. Fernando—, nos narra—y es uno de los mejores pasajes de sus «Memorias íntimas»—el apuro en que se vió, en un desfiladero, cuando su hermano D. Luis quedó herido de un balazo. Y nos dice: «Yo le creí herido mortalmente, y excité desesperadamente a mi tropa; pero todo era inútil. Me resignaba ya a perecer como en una gran hecatombe, cuando una palabra me sacó del conflicto. Sin saber por qué razón, no estando entonces en mis opiniones, y sin conocer ni esperar sus efectos, se me ocurrió dar a la tropa el grito de «¡Viva la libertad!». A esta voz, el soldado salió de su estupor y corrió conmigo adelante. Al impulso de los granaderos marcharon las demás compañías, y todos seguimos, llegando a unas bordas de ganado que a ciento o ciento cincuenta pasos adelante había...» El pasaje es singularmente valedero,

por provenir de un hombre que en sus «Mis memorias íntimas» enlazó los recuerdos personales y las anécdotas y los sucesos históricos de que fué testigo más o menos directo con un tejido conjuntivo de los más sobados lugares comunes. La apacible filosofía vecinal, del más común acervo, con que el bueno del marqués de Mendigorria entretendió sus interesantísimos recuerdos, redactados acaso en parte por aquel D. José de Castro y Serrano, su testamentario literario, que fué también un filósofo castizamente vecinal, que rara vez se salió de la ramplonería ambiente característica de la España de mediados del siglo XIX, esa filosofía es la que da más realce al pasaje citado.

Empieza el buen marqués por decir que una palabra le sacó del conflicto. ¡Una palabra! ¡Naturamente! No dice una idea, no, sino que dice una palabra. Y es que una palabra es más, es mucho más que una idea, lo mismo que un hombre, compuesto de alma y cuerpo, un cuerpo animado, un alma encarnada, es más, mucho más que un espíritu. No sabemos si en rigor cabe idea sin palabra; creemos que no más; en todo caso no cabe palabra sin idea. Y es la idea la que nace de la palabra y no la inversa. «Logos» y Verbo son ante todo Palabra. Y no decimos que la Idea se hizo carne y habitó entre nosotros, sino que el Verbo se hizo carne. La noción de Causa o la Esencia o la Sustancia no se pueden hacer carne.

La fórmula $(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$ no puede hacerse carne. Una palabra, no una idea, le sacó del conflicto al marqués de Mendigorria. Y esa palabra era la santa, la santísima palabra «Libertad».

«Libertad» no es una idea, sino que es más, mucho más que una idea; «Libertad» no es una categoría metafísica, aristotélica o kantiana. A nadie se le lleva a la muerte dando vivas a la Sustancia, o a la Causa, o a la Cantidad, o a la Cualidad, o a la Modalidad. Y si se le lleva con vivas a la Unidad—que es una de las categorías lógicas kantianas—, es como palabra, en un sentido impuro o político; es decir, humano.

Y el digno marqués añade que dió el grito «sin saber por qué», y no estando entonces en sus opiniones. ¿Estaba seguro de ello? Nosotros creemos más bien que si no estaba en sus opiniones de entonces—y esto de lo que llamamos opiniones es de lo más superficial y muerto que cabe; retrechería y nada más—estaba en el fondo del espíritu común de que entonces formaba parte el futuro marqués y futuro ministro de la Guerra de la República. Aquel grito no brotó de él, de Fernando Fernández de Córdova; brotó de la compañía toda de granaderos, de que era en tal caso más que jefe vocero; brotó del batallón todo. Dice que no sabe por qué dió el grito, y es que el tal grito lo dieron por su boca sus soldados.

¿Lo entendían éstos? He aquí una pregunta ociosa. El pueblo jamás se ha detenido a definir el concepto de la libertad. Esto queda para los metafísicos. El pueblo comulga en la palabra «Libertad» y le basta. Otras veces da vivas a las «cadenas», que son también una palabra.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES